

que, en lo hondo de mi pecho, muda mi corazón?... Imagen tan elocuente no engaña sin duda. ¡No, no! Si me ciega un poder mágico, es un poder divino. Una voz interior me dice que el mismo Dios la envía.

JUANA.—¡Se ha conmovido! ¡Lo está! No le he suplicado en vano. Las nubes tempestuosas de la ira, acumuladas en su frente, se deshacen en lágrimas, y de sus ojos, que destellan paz, sale el refulgente sol del sentimiento... ¡Dejad las armas!... ¡Abrazaos!... Llorar se ha convertido... es nuestro. (Suelta su espada y su bandera; corre hacia él con los brazos abiertos, y lo estrecha en ellos con entusiasmo. La-Hire y Dunois dejan caer sus espadas, y corren también á abrazarlo.)

ACTO III.

La escena es en el campamento del Rey, en Chalons-sur-Marne.

ESCENA PRIMERA.

DUNOIS y LA-HIRE.

DUNOIS.—Éramos amigos íntimos, hermanos de armas, prontos á defender unidos la misma causa, y á sufrir juntos los males y la muerte. Que el amor á una mujer no rompa los lazos que han resistido á todas las vicisitudes de la suerte.

LA-HIRE.—¡Escuchadme, Príncipe!

DUNOIS.—Amáis á esa doncella maravillosa, y conozco vuestro propósito. Pensáis buscar ahora al Rey, y pedirle á Juana por esposa... No rehusará esa recompensa á vuestro valor... Tened entendido, sin embargo... que, antes de verla en brazos de otro...

LA-HIRE.—¡Oídme, Príncipe!

DUNOIS.—No me atrae en ella la rápida y pasajera impresión de su belleza. Ninguna mujer habla perturbado mis

sentidos impasibles, hasta que vi á ese portento, enviado por Dios, para salvar á este reino y ser mi esposa. Hice voto entonces, pronunciando solemne juramento, de casarme con ella, porque sólo una mujer fuerte puede ser la compañera de un hombre que también lo sea, y mi ardiente corazón suspira por la posesión de otro igual, capaz de comprenderlo y de sostenerlo.

LA HIRE.—¿Cómo es posible, Príncipe, que yo ose comparar mis escasos méritos con vuestra fama heroica! Cuando se presenta en la liza el Conde Dunois, ha de retirarse cualquier otro contendiente. Pero una humilde pastora, por lo mismo, no merece vivir á vuestro lado como esposa. La sangre de reyes, que corre por vuestras venas, no consiente tan baja mezcla.

DUNOIS.—Ella es hija de Dioses, como yo, y santa por naturaleza, é igual á mí. No es indigna de la mano de un Príncipe, porque es esposa de los puros ángeles, porque ciñe su frente divina aureola, más clara y esplendente que todas las coronas de la tierra; porque está viendo á sus pies á todas las grandezas y vanidades mundanales, y porque todos los tronos de potestades, uno sobre otro, y aunque llegasen hasta las estrellas, no alcanzan á su altura, en donde la rodea la majestad de los ángeles.

LA HIRE.—El Rey decidirá.

DUNOIS.—¡No, que decida ella misma! Ha libertado á Francia, y libre ha de ser para dar su corazón.

LA HIRE.—¡Ahí viene el Rey!

ESCENA II.

CARLOS, INÉS SOREL, DUCHATEL, EL ARZOBISPO,
CHATILLÓN, y LOS MISMOS.

CARLOS. (A Chatillón.)—¿Que viene? ¿Decís que viene á acatarme, como á su soberano, y á rendirme homenaje?

CHATILLÓN.—Aquí, señor, en tu real ciudad de Chalóns, quiere arrojarse á tus pies el Duque, mi señor... Me ha ordenado que te salude como á su Rey y Soberano; viene detrás de mí, y en breve se presentará.

INÉS.—¡Viene! ¡Oh día venturoso, que trae consigo la alegría, la paz y la reconciliación!

CHATILLÓN.—Mi señor, con doscientos caballeros, no tardará en prosternarse ante ti; pero espera que no lo consentiréis, y que lo abrazaréis como á vuestro primo.

CARLOS.—Arde mi corazón en deseos de sentirse oprimido contra el suyo.

CHATILLÓN.—El Duque os suplica que no habléis palabra alguna, alusiva á vuestra anterior contienda.

CARLOS.—¡Que todo lo pasado sea condenado al más completo olvido! Sólo queremos pensar en los días felices de lo porvenir.

CHATILLÓN.—Cuantos han combatido en su favor, habrán de ser admitidos á la reconciliación.

CARLOS.—Así duplicaré mis súbditos.

CHATILLÓN.—La Reina Isabel será comprendida también en vuestra gracia, si la acepta.

CARLOS.—Hízome la guerra, no yo á ella. Nuestra disputa queda resuelta, en cuanto ella lo diga.

CHATILLÓN.—Doce caballeros responderán de vuestra palabra.

CARLOS.—Mi palabra es sagrada.

CHATILLÓN.—Y el Arzobispo ha de compartir una hostia entre vos y él, como prenda y sello de vuestra sinceridad.

CARLOS.—Que mi parte en la salvación eterna sea tan verdadera como lo es mi lealtad y mi afecto. ¿Pide el Duque alguna otra garantía?

CHATILLÓN. (Mirando á Duchatel.)—Hay una persona, cuya presencia podría nublar la primera entrevista. (Vase Duchatel en silencio.)

CARLOS.—¡Véte, Duchatel; ocúltate hasta que el Duque pueda sufrir tu vista! (Síguelo con los ojos, y después corre, y lo abraza.) ¡Honrado amigo! ¡Más todavía quisieras hacer por mí bien! (Vase Duchatel.)

CHATILLÓN.—Las demás condiciones están consignadas en este papel:

CARLOS. (Al Arzobispo.)—Despachad esto. Todas las aceptamos, porque ningún sacrificio ha de omitirse por ganar un amigo. ¡Andad, Dunois! Que os acompañen cien caballeros, y recibid afablemente al Duque. Que todos los soldados se engalenen con verdes ramas para honrar á sus hermanos de armas. Que toda la ciudad celebre este día como una fiesta, y que todas las campanas anuncien que Francia y Borgoña están de nuevo unidas. (Llega un Escudero, y se oyen trompetas.) ¡Oid! ¿Qué significa este toque de trompetas?

EL ESCUDERO.—El Duque de Borgoña entra en la ciudad. (Vase.)

DUNOIS. (Que sale con La-Hire y Chatillón.)—¡Ea! Vamos á recibirlo.

CARLOS. (Á Inés.)—¿Lloras, Inés? Casi me faltan las fuerzas para presenciar esta escena. ¡Cuántas víctimas ha hecho la muerte, antes que nos veamos de nuevo en paz! Pero cálmase al fin el furor de la tempestad; sigue el día

á la noche más oscura, y llega un tiempo en que maduran los frutos más tardíos.

EL ARZOBISPO. (Á la ventana.)—Con harto trabajo atraviesa el Duque la apiñada muchedumbre. Lo arrancan del caballo, y besan su manto y sus espuelas.

CARLOS.—Es un buen pueblo, vivo y extremado en su amor, como en su odio... ¡Cuán pronto ha olvidado que ese mismo Duque ha sacrificado á sus padres y á sus hijos! Este momento horra toda una vida... ¡Reanimate, Inés! Una alegría excesiva podría dañar también; que nada lo avergüence aquí ni lo allija.

ESCENA III.

EL DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, LA-HIRE, CHATILLÓN, y otros dos caballeros del séquito del Duque. Éste se detiene un instante á la entrada, y el Rey sale á su encuentro. Acércase el Duque en seguida, y al querer doblar una rodilla, CARLOS lo recibe en sus brazos.

CARLOS.—Nos habéis sorprendido... Nos proponíamos salir á vuestro encuentro, pero tenéis buenos caballos.

EL DUQUE.—Me ayudaban á cumplir mi deber. (Abraza á Inés, y la besa en la frente.) ¡Con vuestro permiso, primo! Es nuestro derecho de señor en Arrás, y ninguna mujer bella puede rechazarlo.

CARLOS.—Vuestra capital es, según dicen, la mansión del amor, en donde tiene su asiento y su confirmación toda belleza.

EL DUQUE.—Somos, oh Rey mío, un pueblo mercantil. Cuantos ricos productos hay en todos los climas, se ofrecen á nuestra vista y para nuestros goces en el mercado

de Brujas; pero la belleza de la mujer es lo más precioso.

INÉS.—Su fidelidad vale más aún, y, sin embargo, no se expone en el mercado.

CARLOS.—Tenéis, oh primo, la reputación y mala fama de que despreciáis la virtud superior de la mujer.

EL DUQUE.—Esa blasfemia encontraría en el pecado la penitencia. Afortunado habéis sido, oh Rey mío, porque vuestro corazón descubrió al principio lo que mi vida desordenada me ha enseñado tarde. (Repara en el Arzobispo, y le da la mano.) ¡Reverendo Arzobispo, dadme vuestra bendición! Siempre holláis la verdadera senda, y, para hallaros, hay que seguirla sin remedio.

EL ARZOBISPO.—Llámeme á sí mi Maestro cuando le plazca; mi corazón está satisfecho, y puedo morir en paz, porque mis ojos han visto este día.

EL DUQUE. (Á Inés.)—¿No dicen que os habéis despojado de vuestras joyas, para forjar con su precio armas contra mí? ¿Cómo? ¿Tan belicosos son vuestros pensamientos? ¿Tanto era vuestro empeño en perderme? Pero pasó ya nuestra enemistad, y se ha recuperado cuanto se había perdido. Lo mismo acontece á vuestras joyas, y, ya que estaban destinadas á hacerme la guerra, recibidlas de mi mano como prenda de paz. (Toma de uno de su séquito una cajita de joyas, y se la presenta abierta. Inés mira al Rey confusa.)

CARLOS.—Acepta ese obsequio; me es doblemente caro, como signo de reconciliación y de afecto.

EL DUQUE. (Poniendo en los cabellos de Inés una rosa de brillantes.)—¿Por qué no había de ser la corona de Francia? Con la misma afición la colocaría en esta bella cabeza. (Cogiendo sus manos con afecto.) Y... contad conmigo, si alguna vez tenéis necesidad de un amigo. (Inés, llorando, se aparta á un lado; el Rey parece profundamente conmovido, y todos los circunstantes contemplan á los Príncipes con ternura. El Duque, después

de observar á todos, se precipita en los brazos del Rey.) ¡Oh, Rey mío! (Al mismo tiempo los tres caballeros borgoñones abrazan á Du-nois, La-Hire y al Arzobispo. Ambos Príncipes, callados, quedan en esta posición algunos momentos.) ¿Y pude odiaos? ¿Y pude negaros mi homenaje?

CARLOS.—¡Basta, basta! ¡No más!

EL DUQUE.—¿Y pude dar la corona á esos ingleses? ¡Jurar fidelidad á ese extranjero? ¿Poner á mi Soberano al borde del abismo?

CARLOS.—¡Olvidadlo! ¡Todo lo perdono! ¡Bórralo todo este instante! Fué culpa del destino, de algún astro malféfico...

EL DUQUE. (Cogiendo su mano.)—Repararé el agravio; creedme, no es otro mi deseo. Todos vuestros sufrimientos serán compensados, y todo vuestro reino volverá á poder vuestro... sin exceptuar la aldea más insignificante.

CARLOS.—Ya estamos unidos, y á nadie temo.

EL DUQUE.—Os aseguro que no llevaba con alegría mis armas contra vos. ¡Oh! Si supieseis... ¿Por qué no me la habéis enviado? (Señalando á Inés.) Yo no hubiese podido resistir sus lágrimas... Ahora ningún poder infernal logrará separarnos, puesto que nuestros pechos están juntos. Este es ahora mi verdadero lugar, y mi extravío termina en vuestros brazos.

EL ARZOBISPO. (Interponiéndose entre ellos.)—Sois amigos, Príncipes. Francia, como el ave Fénix rejuvenecida, saldrá radiante de sus cenizas. Lo porvenir nos sonríe. Sanarán las profundas llagas que la afligen. Las villas devastadas, las ciudades se levantarán de sus ruinas, y se cubrirán los campos de nueva verdura... Pero las víctimas de vuestras discordias, los muertos, no resucitarán; las lágrimas, que vuestras luchas han hecho correr, derramadas quedarán. La generación nueva florecerá, pero la pasada fué presa

de la desdicha, y la felicidad de los nietos no despertará á sus abuelos. ¡He aquí los frutos de vuestra contienda fratricida! ¡Que os sirvan de lección! Temed á la Deidad de la guerra, antes de desenvainar la espada. El poderoso puede desencadenar la guerra, pero no es ésta dócil, como el halcón, que, desde los aires, torna al puño del cazador, sino que ese Dios indómito no hace caso alguno de la voz humana. La mano de vuestro salvador no saldrá otra vez de su nube, en un momento dado, como hoy.

EL DUQUE. — ¡Oh, señor! A vuestro lado hay un ángel... ¿En dónde está? ¿Por qué no la veo aquí?

CARLOS. — ¿En dónde está Juana? ¿Por qué no presencia, con nosotros, este acto tan deseado y grato, obra suya?

EL ARZOBISPO. — Esa santa Doncella, oh señor, no ama el descanso de una corte ociosa; y si la orden de Dios no la llama á la luz del mundo, esquivo, llena de rubor, las vanas miradas del vulgo. Seguramente está ocupada en cosas divinas, si Francia y su bienestar no embargan su atención, porque la gracia sobrenatural es siempre su compañera inseparable.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, y JUANA, armada, pero sin casco y con una corona en los cabellos.

EL REY. — ¿Vienes, oh Juana, vestida de sacerdotisa, para consagrar la alianza, que tú misma has formado?

EL DUQUE. — ¿Cuán terrible es esta Doncella en las batallas, y en la paz cuán inefable su gracia!... ¿No he cumplido mi palabra, Juana? ¿Estás satisfecha, y merezco tu aprobación?

JUANA. — Tú mismo te has hecho el mayor bien. Alumbra ahora luz bendita, cuando antes tu aspecto era sombrío y sanguinario, como luna espantosa, que se destacaba del cielo. (Mirando alrededor.) Muchos nobles caballeros hay aquí reunidos, y todos ostentan rostros placenteros. Sólo he encontrado uno triste, que ha de ocultarse, cuando los demás se regocijan.

EL DUQUE. — ¿Y quién se encuentra abrumado de tan pesada culpa, que desespera de nuestra clemencia?

JUANA. — ¿Puede acercarse? ¡Oh! ¡Decid que sí! ¡Que sea completa tu obra! No hay verdadera reconciliación, mientras el ánimo no está libre de todo odio. Una gota amarga, que quede en la copa del placer, emponzoña el néctar que la llena... No hay crimen, por grave que sea, que el Duque de Borgoña no pueda perdonar hoy.

EL DUQUE. — ¡Ah! Ya te comprendo.

JUANA. — ¿Y perdonarás? ¿Quieres perdonar, oh Duque?... ¡Adelantaos, Duchatel! (Abre la puerta, é introduce á Duchatel, que se queda lejos.) El Duque se reconcilia con todos sus enemigos, y también con vos. (Duchatel se acerca algo al Duque, é intenta leer en sus ojos.)

EL DUQUE. — ¿Qué haces conmigo, Juana? ¿Sabes acaso lo que pretendes?

JUANA. — Un señor bondadoso abre sus puertas á todos los huéspedes, y no excluye á ninguno. Tan holgadamente como al mundo el firmamento, ha de envolver la clemencia al amigo y al enemigo. El sol envía por igual sus rayos á todos los puntos del espacio infinito, y el cielo baña con su rocío á todas las plantas sedientas. Todo lo bueno, todo lo que viene de arriba, es general é ilimitado, y la obscuridad, sólo en los repliegues se encuentra.

EL DUQUE. — Puede amonestarme como le plazca, porque mi corazón es de cera en sus manos... ¡Abrazadme, Duchatel! ¡Yo os perdono! No te irrites, espíritu de mi padre,

si estrecho amigablemente la mano que te dió la muerte; y vosotras, deidades infernales, no me reconvenzáis si quebranto mi terrible juramento de venganza. Entre vosotras, allí abajo, en la noche eterna, no late ya el corazón; todo es eterno, firme é inmutable... pero aquí, bajo la luz del sol, muy de otra manera. El hombre, que vive y siente, es ligero juguete de las circunstancias del momento.

CARLOS. (A Juana.)—¡Cuánto no he de agradecerte, oh noble doncella! ¡Cuán generosamente no has cumplido todas tus palabras! ¡Con qué rapidez no se ha trocado mi fortuna! Tú me has reconciliado con mis amigos, has sumido en el polvo á mis enemigos, y librado á mis ciudades del yugo extranjero... Tú sola has hecho todo esto... Dí, ¿cómo podré recompensarte?

JUANA.—Sé, oh señor, humano siempre en la próspera fortuna, como en la adversa lo fuiste... y en la cúspide de tu grandeza no olvides lo que vale un amigo en la necesidad, porque su humillación te lo ha probado. No rehuses la clemencia ni la justicia al más infimo de tus súbditos, porque Dios te ha enviado una pastora para salvarte... Tú reunirás á toda Francia bajo tu cetro, y serás abuelo y tronco de grandes Reyes, que te sucederán, y brillarán más que tus predecesores, y tu linaje florecerá mientras conserve el amor de su pueblo. Sólo el orgullo puede precipitarlo. De estas humildes cabañas, de donde ha salido tu salvador ahora, saldrá también la misteriosa ruina de tus culpables descendientes.

EL DUQUE.—¡Doncella inspirada por el soplo divino! si tus miradas penetran en lo porvenir, háblame también de mi progenie. ¿Será tan vasto su poderío, como lo indican sus principios?

JUANA.—Tú, Duque de Borgoña, has colocado tu asiento á la altura del trono, y tu corazón ambicioso aspira á elevarlo más, y á llegar hasta las nubes... Pero la mano de

Dios te detendrá pronto en su camino. No temas, sin embargo, la caída de tu familia. Brillará en la persona de una doncella, y brotarán de su seno monarcas poderosos, pastores de pueblos. Se sentarán en dos grandes tronos, y dictarán leyes al mundo conocido, y á otro nuevo, que la Providencia tiene oculto más allá de mares nunca navegados.

CARLOS.—Dí, ya que el espíritu divino te ilumina: esta alianza de amistad, que ahora contraemos nosotros, ¿unirá también á nuestros nietos?

JUANA. (Después de un momento de silencio.)—¡Temed la discordia, reyes y potentados! No la despertéis en la caverna, en donde duerme, porque entonces es difícil enfrenarla. Férreo linaje es su obra, y una tea incendia á la otra... No intentéis saber más. Regocijaos de lo presente, y dejadme que os oculte lo futuro.

INÉS.—Tú, santa doncella, escudriña mi corazón, y certíforate de si aspira ó no á mayor grandeza. Dame también un oráculo lisonjero.

JUANA.—El espíritu divino muéstrame no más que importantes sucesos. Tu destino está encerrado en tu propio pecho.

DUNOIS.—¿Pero cuál será tu suerte, doncella egregia, amada de Dios? Sin duda será para tí la flor terrestre más bella, ya que eres tan preciosa y tan santa.

JUANA.—La felicidad sólo existe allá arriba, en el seno del Padre Eterno.

CARLOS.—Sea tu fortuna en adelante cuidado sólo de tu Rey. Quiero que tu nombre sea ilustre en toda Francia, y que te bendigan las más remotas naciones... y ahora mismo voy á hacerlo... ¡arrodíllate! (Saca su espada, y le toca con ella.) ¡Levántate! ¡Eres noble! Yo, tu Rey, sacudo el polvo de tu humilde nacimiento... ¡Que sean también nobles tus antepasados, que descansan en la tumba! Llevarás

flores de lis en tus armas, y serás igual á la primera nobleza de Francia; que sólo la sangre real de los Valois sea más preclara que la tuya. El más grande, entre mis grandes, se honrará tomando tu mano, y yo me encargo de unirte á noble esposo.

DUNOIS. (Adelantándose.)—La eligió mi corazón cuando era plebeya, y el nuevo honor que posee, ni realza su mérito, ni aumenta mi amor. Aquí, en presencia de mi Soberano, y de este venerable Arzobispo, le ofrezco mi mano como á la Princesa mi esposa, si me estima digna de su mérito.

CARLOS.—¡Doncella irresistible! ¡Añades milagros á milagros! Si; ahora creo que nada hay para tí imposible. Has rendido este corazón indomable, que se había burlado siempre de la omnipotencia del amor.

LA-HIRE. (Adelantándose á su vez.)—La prenda más estimable de Juana, porque la conozco bien, es su modestia. Merece los más preciados honores, pero jamás pondrá tan alta su ambición. No la seducen las grandezas de la tierra hasta cegarla. Bástale una sincera inclinación, un alma honrada, y la tranquila suerte que le ofrezco con mi mano.

CARLOS.—¿Tú también, La-Hire? Dos famosos rivales, iguales en valor heroico y en gloria bélica... ¿Quieres tú, que me has reconciliado con mis enemigos, que has unido á mis súbditos, sembrar la discordia entre mis amigos y yo? Sólo uno ha de ser su esposo, y los dos valen lo mismo para mí. Habla tú, pues, y que tu elección decida.

INÉS. (Aproximándose.)—Observo la sorpresa de esa noble doncella, y el rubor que tiñe sus tímidas mejillas. Désele tiempo para consultar con su corazón, confiar su acuerdo á alguna amiga, y romper el sello de su bien cerrado pecho. Esta es la ocasión propicia, en que yo he de acercarme como una hermana á esta doncella austera, y ofrecerle el servicio de mi afecto, de mi lealtad y de mi reserva...

Que, como á mujeres, se nos deje examinar este proyecto mujeril, y que esperen nuestra resolución.

CARLOS. (Haciendo ademán de irse.)—¡Sea así!

JUANA.—No, señor; el rubor de mis mejillas es efecto de mi confusión, no de mi tímido pudor. Nada tengo que confiar á esta noble señora, de que haya de avergonzarme ante los hombres. Mucho me honra la elección de tan egregios caballeros; pero no abandoné yo mis pastos de ovejas para granjear mundanalmente vanidades terrenales, ni para que la corona del himeneo adornase mis cabellos, revestí mi cuerpo de férreas armas. He sido llamada á empresa bien opuesta, y sólo puede realizarla una doncella pura. ¡Yo soy la guerrera de Dios Todopoderoso, no la esposa de ningún hombre!

EL ARZOBISPO.—La mujer ha nacido para ser la compañera amada del hombre... y, cuando obedece á la naturaleza, sirve meritoriamente al cielo. Ya que tú has cumplido las órdenes divinas, que te enviaban á la guerra, puedes deponer las armas, y ser de nuevo del sexo más dulce, del cual has renegado, y que no ha nacido para el sangriento trabajo de la milicia.

JUANA.—Aun no puedo decir, venerable Prelado, lo que me mandará hacer el Espíritu; pero cuando llegue ese momento, su voz será escuchada, y yo la obedeceré. Ahora me manda cumplir mi obra. Las sienes de mi Soberano no han recibido aún la corona, y el santo óleo no ha ungido tampoco su cabeza, ni mi Señor se llama Rey todavía.

CARLOS.—Nos proponemos ahora encaminarnos á Reims.

JUANA.—No estemos ociosos, porque nuestros enemigos, que nos rodean, se ocupan en cerrarnos el camino. Pero yo os llevaré allá, atravesando por medio de todos.

DUNOIS.—Cuando todo se haya hecho; cuando hayamos entrado en Reims victoriosos, consentirás entonces, santa doncella...?

JUANA.—Si el cielo permite que yo salga triunfante de esta mortal contienda, entonces estará terminada mi obra... y la pastora nada tiene que hacer en la corte del Rey.

CARLOS. (Cogiendo su mano.)—Anímate ahora la voz del espíritu, y el amor calla en los pechos llenos del poder divino; pero no enmudecerá siempre, ¡creedme! Descansarán las armas, y la victoria traerá á la paz de la mano; la alegría reinará también en todos los ánimos, y más dulces afectos en todos los corazones... También surgirán en el tuyo, y derramarás dulces lágrimas de amor, que no han vertido nunca tus ojos... y ese corazón, dominado sólo ahora por el poder de Dios, se consagrará á amar á seres terrestres... Has hecho dichosos á millares de hombres, y acabarás haciendo feliz á uno solo.

JUANA.—¿Estás ya cansado, oh Delfín, del favor del cielo, para romper así su vaso de elección, y rebajar hasta el polvo vil á la doncella pura, que Dios te ha enviado? ¡Cuán ciegos estáis! ¡Cuán tibia es vuestra fe! La gloria celestial os alumbra, y descubre á vuestros ojos sus portentos, y sólo veis en mí una mujer cualquiera. ¿Es posible que una mujer se revista de acero, y alterne en las batallas con los hombres? ¡Ay de mí, si llevando en mi mano la espada certera de Dios, fomento vanas pasiones, y amo á criaturas terrestres! ¡Valiérame más no haber nacido! No habléis, pues, palabra alguna sobre esto, os digo, si no queréis que se rebele el espíritu que me anima. Las miradas de los hombres, que se fijan en mí con afición mundana, son merecedoras de mi censura, y me profanan y horrorizan.

CARLOS.—¡No hablemos más de esto! Es inútil que intentemos conmovierla.

JUANA.—Mandad que toquen la trompeta guerrera. Me fatiga y me aflige esta tregua, y es menester que abandone estos ocios, y prosiga mi fin, y termine mi obra, ya que an imperioso y exigente es mi destino.

ESCENA V.

LOS MISMOS, y UN CABALLERO, que llega apresuradamente.

CARLOS.—¿Qué hay?

EL CABALLERO.—El enemigo ha llegado al Marne, y dispone sus tropas para el combate.

JUANA. (Inspirada.) — ¡A la batalla! ¡A la lid! Ya está mi alma libre de sus ataduras. ¡Armaos mientras yo ordeno los batallones! (Vase corriendo.)

CARLOS.—¡Seguidla, La-Hire!... ¿Se proponen que peleemos por la corona, hasta en las puertas de Reims?

DUNOIS.—No es verdadero valor lo que los mueve; es el último esfuerzo de una rabia impotente.

CARLOS.—Nada os digo, Duque de Borgoña. Hoy es el día que ha de hacer buenos otros muchos malos.

EL DUQUE.—Quedaréis contento de mí.

CARLOS.—Os precederé en la senda de la gloria, y ante la ciudad de la coronación combatiré por mi corona... ¡Inés mía! Tu caballero se despide.

INÉS. (Abrazándolo.) No lloro, ni tiemblo por tí. Mi fe descansa tranquila en el cielo. Tantas señales de su favor no serán vanas al fin. Mi corazón me dice que en breve abrazaré á mi señor en Reims, después que consiga la victoria. (Las trompetas suenan, animando al combate, y, mientras muda la escena, excitan más á la batalla. Los instrumentos de la orquesta las acompañan.)

ESCENA VI.

Múdase la escena en un lugar abierto, rodeado de árboles. Toca la música, y los soldados atraviesan con rapidez por el fondo.

FALBOT, apoyado en FALSTOLF, y acompañado de SOLDADOS. Poco después llega LIONEL.

TALBOT.—Dejadme bajo estos árboles, y volved á la pelea. No necesito á nadie para morir.

FALSTOLF.—¡Oh día funesto y lamentable! (Llega Lionel.) ¡Qué espectáculo venís á presenciar, oh Lionel! Aquí yace el General, herido mortalmente.

LIONEL.—¡No lo permita Dios! Levantaos, noble lord! No es este el momento de dejarse abatir por la fatiga. No cedáis á la muerte; que vuestra enérgica voluntad obligue á la naturaleza á vivir.

TALBOT.—¡Es en vano! Vino el día fatal que ha de derribar en Francia nuestro trono. Inútilmente, en desesperada lucha, he aventurado el último recurso para evitarlo. Herido por el rayo, yazgo aquí para no levantarme más... ¡Reims se ha perdido! ¡Corred á salvar á París!

LIONEL.—París ha tratado ya con el Delfín. Ahora mismo ha traído un correo la noticia.

TALBOT. (Rompiendo sus vendajes.)—¡Corred entonces, vengas de mi sangre! La luz del sol me es ya intolerable.

LIONEL.—¡No puedo quedarme aquí!... Llevad al General á un sitio más seguro, Falstolf. No podemos defender más tiempo este puesto. Los nuestros huyen en todas direcciones, porque la Doncella los acorrala por todas partes...

TALBOT.—¡Tú vences, oh locura, y yo he de morir! Ni

aun los Dioses podrían vencer con la e *upidez. Sublime razón, hija esclarecida de la Divinidad, sabia creadora del mundo entero, guía de los astros, ¿quién eres tú, si, atada al corcel fogoso de la superstición, y dando gritos de impotencia, eres arrastrada con hombres ebrios al abismo, claro para tí, de tu perdición? ¡Maldito sea quien, en su vida, rinde culto á lo grande y á lo digno, y traza con madurez planes sensatos! En el orbe impera el rey de la locura...

LIONEL.—¡Milord! Sólo viviréis algunos instantes... Pensad en vuestro Creador...

TALBOT.—Si sucumbiéramos como valientes, vencidos por otros valientes, podríamos consolarnos con la suerte común, siempre varia é inconstante... ¡Pero morir por obra de tan grosera farsa! Mi vida anterior, laboriosa y formal, ¿ao merecía fin más noble?

LIONEL. (Presentándole la mano.)—¡Adiós, milord! El tributo debido de mis lágrimas, lo recibiréis cumplidamente, después de la batalla, si quedo vivo. Ahora me llama el destino á la pelea, porque allí juzga. ¡Hasta que nos veamos de nuevo en el otro mundo! ¡Breve es la despedida para amistad tan larga! (Vase.)

TALBOT.—Pronto se acabará todo para mí; y á la tierra y al sol perdurable devolveré los átomos, que en mí se juntaron para experimentar el placer y el dolor. De ese poderoso Talbot, que llenó al orbe con su gloria militar, sólo quedará un puñado de polvo... Tal es el fin del hombre... y la única ventaja, que logramos de la lucha de la vida, es la evidencia de nuestra nada, y el profundo desprecio de cuanto estimamos suphme y digno de envidia.

ESCENA VII.

LOS MISMOS; CARLOS, EL DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, DUCHATEL, y SOLDADOS que llegan.

EL DUQUE.—¡La trinchera se tomó!

DUNOIS.—¡La jornada es nuestra!

CARLOS. (Reparando en Talbot.)—Andad y averiguad quién es ése, que allí se despide, mal su grado y amargamente, de la luz del sol. Su armadura indica que no es un cualquiera. Id, y asistidle, si es tiempo todavía. (Obedécenlo algunos soldados de su séquito.)

FALSTOLF.—¡Atrás! ¡No os acerquéis! Respetad á un muerto, á quien en vida no hubieseis deseado encontrar.

EL DUQUE.—¿Qué veo? ¡Talbot bañado en su sangre! (Aproxímase á él; Talbot lo mira fijamente, y espira.)

FALSTOLF.—¡Alejaos, Duque! Que la presencia de un traidor no manche el último momento de un héroe.

DUNOIS.—¡Terrible, indomable Talbot! Te contentas con tan pequeño espacio, y la vasta extensión de Francia no satisfacía á tu ambición gigantesca... Ahora, al fin, señor, os saludo como á Rey, porque mientras el alma animó á este cuerpo, vacilaba la corona en vuestra cabeza.

CARLOS. (Contemplando en silencio al muerto algunos instantes.)—No nosotros, sino más alto poder lo ha vencido. Yace sobre la tierra de Francia, como el héroe sobre su escudo, al que no ha querido abandonar. ¡Lleváoslo de aquí! (Los soldados se llevan el cadáver.) ¡Haya paz para sus restos, y que los guarde honroso sepulcro! Que sus huesos descansen en Francia, en donde terminó su heroica carrera. Ningún acero enemigo fué tan lejos como el suyo, y sirvale de epitafio el sitio en que se le encuentra.

FALSTOLF. (Entregando su espada.)—¡Señor, soy vuestro prisionero!

CARLOS. (Devolviéndole la espada.)—¡No lo consiento! La guerra, aunque cruel, rinde homenaje á la piedad, y acompañaréis libremente á su tumba á vuestro General. Apresuraos ahora, Duchatel... Mi Inés tiembla... Desvaneced su inquietud por nosotros... Llevadle la nueva de que vivimos, de que vencimos, y de que entraremos triunfantes en Reims. (Vase Duchatel.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y LA-HIRE.

DUNOIS.—¿En dónde está Juana, La-Hire?

LA-HIRE.—¿Cómo? Os pregunto lo mismo. La dejé pe-
teando á vuestro lado.

DUNOIS.—Crefa que la protegía vuestro brazo, cuando corrí á juntarme con el Rey.

EL DUQUE.—En lo más espeso de los batallones enemigos vi yo flotar ha poco su bandera blanca.

DUNOIS.—¡Ay de nosotros! ¿En dónde está? Nada bueno presumo. ¡Vamos, vamos á libertarla!... Temo que su valor temerario no la haya llevado demasiado lejos, que luche sola, cercada de enemigos, y que haya de sucumbir sin socorro contra tantos combatientes.

CARLOS.—¡Daos prisa á salvarla!

LA-HIRE.—Yo os sigo. ¡Venid!

EL DUQUE.—¡Vamos todos! (Vanse precipitadamente.)